

Murena y la exégesis del ensayo como profecía

Silvio Mattoni

“Las páginas de este libro componen una especie de autobiografía mental”¹. Es la primera frase de *El pecado original de América* de H. A. Murena. Sin embargo, no es un libro que hable sobre el individuo, sobre lo privado, sino que más bien circunscribe la esfera del sujeto poniendo en crisis, dejando sin fundamento, aquello que lo habría constituido. Como su título deja entrever, *El pecado original* es un libro sobre los mitos, sobre los sujetos que fundan, sobre los silencios que imponen. Acorde a su materia, la escritura de Murena no puede más que tratarla rapsódicamente, es decir, ensayísticamente.

No se intenta hacer en ese caso una crítica o un análisis racional de la estructura del mito, sino que los propios textos que se publican se constituyen como mitos. “Son”, dice Murena, “los mitos que me forjé para explicarme el juego de las fuerzas humanas y sobrehumanas”², lo que desemboca en el estado de las cosas y en la ontología de una clase de sujeto. El juego de fuerzas en conflicto sólo puede dar cuenta de su complejidad en cuanto correlato de esos mitos, de esos fragmentos unidos por un pensamiento que Lévi-Strauss no dudó en llamar salvaje y que configuran un *patchwork*, huella de un proceso que recupera las sobras de la razón instrumental.

Por otro lado, el escritor de mitos se aparta de la organización sistemática. Las relaciones entre los distintos fragmentos no serán entonces de subordinación, sino de contigüidad, puros desplazamientos sin jerarquías. “Violentos, desiguales, modificando o alterando o negando unos los puntos de vista de otros (...), versando sobre un tema tan virgen y discutible, concebidos incluso con una acentuada voluntad estética, (...) no era lícito alterarlos, presentarlos en una visión sistemática”³. No obstante, resultarán para el lector como facetas de un único prisma. Lo mismo da que esa unidad sea vista como intuición o como idea, como sospecha inconclusa, abierta, o como *telos* predeterminado, noción que estaba en el origen de todas esas formas variadas. El ensayo puede ser leído de ambos modos: ya se percibe

en él un atisbo constante pero interrumpido, que reclama de la lectura algo más que su aceptación; que incita a la interpretación y la prosecución de los ensayos en un infinito acercamiento a esa intuición recuperada y cuya pérdida no puede datarse con precisión; ya se reconstruye, al leerlo, un *eidós*, una imagen cuya fragmentación es una herida que la escritura habrá intentado sanar, aun cuando la cura efectuada no sirva más que para ese único caso. ¿Y por qué entonces “dicha idea, a pesar de su carga de subjetividad (...), no carece al fin de algún fundamento en sus pretensiones de objetividad”⁴? Porque la cura de un caso, incluso en su carácter irreplicable, nos dice que otras curas son posibles, que otras recuperaciones de la unidad por la vía fragmentaria del ensayo han tenido y tendrán lugar. El caso ajeno expresa algo del mundo y el mundo de los otros se vuelve el espejo donde se refleja el sujeto. El ensayo subjetivo traza un recorrido cuyas sinuosidades no le pertenecen totalmente al sujeto, casi ninguna de ellas le pertenece a la voluntad, muchas al espacio en que se hicieron posibles. A partir de ese recorrido se entrevé el *topos* del género, lo que se resiste al sujeto del saber y que por contraste revela la verdad del sujeto. Entonces quien lea el recorrido del otro en busca de su propia topografía posible recibirá el nombre de discípulo.

En el ensayo titulado “La lección a los desposeídos: Martínez Estrada”, Murena se pregunta: “¿por qué encontré en Martínez Estrada al maestro?”⁵ Tras la acumulación de lecturas, tras la inconexa red del interés personal, en la ausencia de una tradición, todo debería estar permitido, todas las literaturas podrían ser el material para la propia, como lo anunciaba el optimismo de Borges cuando decía: “Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental”⁶. Como los judíos en la tradición europea, como los irlandeses en Gran Bretaña, la extraterritorialidad cultural argentina incitaría a la innovación, a extraer de las tradiciones occidentales lo que no podrían lograr quienes están inmersos y son determinados por ellas. “Los argentinos, los sudamericanos en general”, añade Borges, “podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas”⁷. Pero esa facilidad, ese infinito de posibilidades elegibles en una totalidad no hace más que mostrar la inexistencia de esa misma totalidad. Parecía ser una biblioteca, un universo inagotable pero ordenado, un sistema deducible, pero en verdad no era más que un cúmulo de fragmentos, restos, vestigios de otras épocas y lugares. Allí no se camina

sino sobre huellas borroneadas por los otros, para siempre desconocidos. Los nombres no eran más que sospechas, las lecturas se enfrentan con la ilegibilidad que se posa sobre libros sacados de su entorno, de ese mudo diálogo con sus orígenes. Por eso las consecuencias, es decir, lo que se escribirá, siempre parecen más pobres de lo que hacían esperar las premisas. En ese momento, en la instancia de la escritura, el profesor sin bases que invitaba y sigue invitando al saqueo caótico de las novedades y al juego fatuo con las tradiciones incompletas, trunca, debe ser reemplazado por el maestro, alguien que no habla, que no profesa ninguna fe, alguien cuyo silencio estará cerca del escrito, contra cuyo mutismo rebotarán las preguntas del discípulo para volverse textos, inquietudes escritas (Borges, en el texto que acabamos de citar, habría realizado ya esta operación que señala el comienzo de su obra narrativa, habría pasado de profesar la fe de la vanguardia poética, de la opinión, a la escritura sin más, donde el ensayo se consagra a la desarticulación de las creencias literarias más difundidas).

De tal modo se percibe, según Murena, que aquel caos de lecturas no era una pérdida de tiempo, sino la comprobación de una carencia, la prueba del despojo. Y de ese desierto, de esa cultura desarraigada, de esos frutos arrojados sobre terreno inculto, surgirán especies nuevas. Murena afirma que la experiencia americana, la lectura más occidental de Occidente, puede llegar a ser, a través de la negación de toda posesión cultural cierta, una superación de Occidente, una aurora o un nuevo oriente, aunque el presente señale por el contrario una profundización de lo mortificante, un mayor ennegrecimiento del crepúsculo.

Pero sucede que los maestros casi no existen, mientras que los profesores abundan. Murena emprende entonces una fenomenología del fracaso, de cómo las lecturas entusiastas se agostan, se autoanulan al no tener un punto de apoyo para desplazarlas. La riqueza de la cultura europea recibida, leída, produce un extrañamiento frente a la existencia despojada, sufrida. Los géneros parecen hechos para narrar, expresar, pensar aquellas experiencias complejas, anudadas con la historia. La filosofía, por otro lado, nos arroja a un abismo de impotencias cuyos orígenes se pierden en las carencias que son constitutivas de la propia experiencia. Murena se pregunta: "¿Cómo acumular en poco o mucho tiempo la erudición inmensa que ha complicado ese tema durante siglos, cuando se carece de la temprana y sistemática enseñanza europea?"²⁸. ¿Cómo entender a Hegel, por ejemplo, cuando se vive en un lugar donde nunca hubo algo llamado hegelianismo? Ejemplo retórico de Murena que no es indiferente. Aunque también pueden formularse

otras preguntas: ¿cómo ser romántico donde no hubo barroco ni clasicismo?, ¿cómo ser vanguardista donde no hubo tradicionalismos o realismos?, ¿cómo escribir de manera significativa donde tan poco se ha escrito? -¿pero no sería precisamente ese desierto extendido hacia el pasado, ese inmemorial silencio lo que podría volver significativo cualquier signo por mínimo que fuera?, ¿no dirá acaso Murena que justamente al escribir sobre ese vacío, antes que sobre el murmullo incompletable que va asediando el presente, se puede alcanzar una palabra distinta a la palabra plena de sentido europea, una palabra cuya novedad es su principio negativo y que supera la plenitud porque la asume negándola en un sentido más alto, más desencarnado, más cercano a la pureza del sentido y más alejado de la mera *déixis* de las cosas? De allí que el ejemplo de Hegel sea la clave del libro de Murena. La imposibilidad de comprender el sistema hegeliano, de comprenderlo no para divulgarlo sino para producir algo más en el orden del pensamiento a partir de él, es el emblema del llamado “pecado original”, de esa misteriosa falta que constituye haber nacido en un lugar sin historia - vale aclarar que justamente Hegel, al pasar, había comentado que América estaba destinada a ser un perpetuo margen de la historia, cuyo sentido, como asunción en sí y para sí del espíritu que se hace consciente de su pasado y traza la flecha del tiempo, no por espiralada menos lineal, fue y será puesto en movimiento en Europa.

¿Cómo ir, entonces, más allá de Hegel? Ésta es la pregunta que sostiene a Murena; y su planteo de una conciencia “transobjetiva” no es otra cosa que el asomo de una dialéctica hegeliana trasplantada, en el seno de la cual América, al negar la asunción del objeto como concepto en la conciencia del sujeto, al negar el “realismo” europeo, cumple primero la negación de Europa, es decir, el desierto, pero luego, en el futuro que el propio Murena abre, supera esa conciencia objetiva con un pensamiento que ya se ha liberado de las cosas¹⁰, con una conciencia trascendental que niega incluso al sujeto pues es ya sólo conciencia de ser, única y sin lugar. La travesía del objeto haría del pensamiento y del lenguaje despojado de sus ataduras contingentes una asunción del tiempo en el espíritu. Y ese tiempo abstracto contiene y supera la historia y su sentido.

Sin embargo el presente, todavía pura negación, puro vaciamiento de la relación con el objeto, conciencia de nada, no alienta más que oscuras impotencias periféricas. Y ante la obra por realizar, “es sabido que en una fea hora cada cual acaba por decirse a sí mismo francamente que es imposible”¹¹. Pues apenas si puede saberse, desde las carencias más arbitrarias e

individuales, qué movimiento, qué sentido se está negando; apenas si hay conciencia de esa negación en unos pocos (junto a Martínez Estrada, y muy significativamente para nosotros, Murena mencionará a Borges). En general, tras la ominosa carencia de formación sistemática acecha el fantasma de la repetición ignorada. “Si se piensa hoy algo que parezca original, se tiene también la certidumbre de que mañana se sabrá que lo mismo ha sido pensado con mayor justeza anteayer por un europeo”¹². Y no se trata de un vano prurito de originalidad (el pecado original señalaría el vacío de toda originalidad que no se manifieste como negación), sino de enfrentarse a una experiencia devastadora, al desastre del pensamiento propio. “¿Acaso el día de la muerte alguien nos prestará su humanidad para que vayamos a sepultarla en lugar de la nuestra? Pero al parecer nos ha sido negado ese derecho”¹³. El derecho a producir, a conquistar, negado, se convierte en el deber de asumir la aniquilación de toda la cultura heredada en la experiencia propia. Entonces la biblioteca se ha vuelto cárcel, pues ya no puede ser el espacio donde se despliega la libertad de elegir cuando el sentido de la elección ha desaparecido. La biblioteca es caos, fragmentación infinita. En esta equiparación de todo orden cultural con la mera disposición de lo que hay, en esta reducción a estado azaroso de lo que parecía la desembocadura de un sentido, se oculta ya la superación de las ideas de creación, de producción, de conquista. En el desastre americano se revela la verdad del sentido europeo. Siempre el sentido de la obra había sido repetición ignorada, y ahora se sufre, en el exilio del sentido, el impacto de la súbita conciencia de esa repetición. Por eso tampoco la muerte autentifica un destino, una existencia o más simplemente una vida. En el desastre se revela que la muerte no puede ser una experiencia, así como la obra no puede ser creada. La ausencia de obra es simultánea a la desrealización de la muerte. El sentido de la muerte, como límite de la obra y como *telos* que la consume, es sólo una operación de lectura, no está en el origen de la escritura sino en su carácter imposible que se hace visible *a posteriori*, a destiempo.

“Queda la obstinación insensata de desoír esas experiencias”¹⁴, escribe Murena, y manipulando lo trillado sepultarse en un mundo artificioso, exiliado de la propia cotidianidad -también en esta destrucción de la experiencia cotidiana el despojo, el desvalimiento cultural americano anticipan la conciencia europea del fin del sujeto que conoce, experimenta o sabe; conciencia que en la época en que escribe Murena todavía se hallaba en ciernes, obstruida por la fenomenología y el existencialismo que, aunque hicieron pensable ese vaciamiento del sujeto, debían desaparecer de la *doxa*

para que éste se hiciera efectivo. “El otro camino que queda es el que siguen los camaradas que caen, que huyen de las cada vez más raleadas filas de la biblioteca, presa de desesperanza abismal, para precipitarse en la trivialidad”¹⁵. O bien el encapsulamiento, el aislamiento absoluto con respecto a lo inmediato, el refugio en la repetición y lo inocuo, o bien la entrega total a lo inmediato donde las lecturas ya no tienen razón de ser. Dos vías del fracaso que transforman a la lectura y a las intenciones de escritura que despertaron en un sucedáneo de la masturbación, en un peligroso suplemento añadido a la normalidad y que la corroe en secreto. El escritor “se siente triste y humillado como un chico al que han descubierto en un juego sucio y tiene que contentarse con una pobre disculpa, con una mala salida”¹⁶. Antes de empezar a escribir, antes de aceptar que no logrará lo que sus lecturas le prometían, el lector debe enfrentarse con esa conversión automática en “juego sucio” que se produce con toda actividad cuyo fin es el derroche, lo improductivo. Martínez Estrada será pues el que de esas degradaciones, de esos desastres y despojos del sentido de una existencia, de ese destino periférico donde el proyecto de obra siempre se aborta, logre extraer una fuerza inédita, “revelaciones” arrancadas a su propia destrucción, las llama Murena¹⁷. Los poemas de Martínez Estrada le demuestran a Murena hasta qué punto aquél se había sumido en el fracaso, en la repetición y el artificio sin relación con ningún sujeto, con ninguna unicidad. De ese pozo, de ese fracaso métrico, se alzó la lección de los libros de ensayos “como un cuerpo de densa poesía, de tenso dramatismo, de robusto pensar”¹⁸. Lo informe del ensayo, que asume el desierto de una total ausencia de tradición para la versificación antes experimentada y autoanulada, se vuelve entonces la verdadera experiencia poética, es decir, una experiencia escribible donde el lenguaje es atravesado por lo real, cuyo carácter radicalmente extralingüístico no le quita su filo.

Y la lección que diera Martínez Estrada es la confirmación del despojo, la conciencia de la desposesión. Todo ha quedado atrás, o más bien allá, en ese otro lugar del que se provino sin causa y con demasiadas consecuencias. “Lo dejamos *todo* porque dejamos la historia”¹⁹. Pero fuera de la historia se encuentra algo menos que la nada, el resto, el desamparo que recuerda el amparo, que mitifica la historia. El todo se desrealiza y sólo es un todo desde ese margen que lo escruta. Sensación de exclusión, de ser un espectador apartado, un infante que asiste al innombrable acto de los que hablan. América estaría condenada a contemplar siempre de nuevo esa escena primaria, la primacía de Europa, el padre. “Porque en los mundos

antiguos hay un *padre*", dice Murena, "que mitiga esa sensación de despo-
seimiento. Ese *padre* es la historia"²⁰. Fuera del sentido, huérfanos, fuera
de la metafísica y de la historia, los sujetos del margen son pura falta. El
mundo, cuya aspereza no ha sido suavizada por generaciones que le aplica-
ran su manto de sentido, es pura negatividad. No hay leyendas, ni lugares,
relatos, recuerdos o memoria asociados a objetos inmemoriales. "El espí-
ritu que un antepasado infundió a algo en bruto mediante una interpretación"
falta.

Sin embargo, esa situación, patéticamente descripta por Murena como un
mito trágico donde se expía una culpa ignorada, no es un retorno al origen,
a la nada de la que todo conjunto humano habría partido. La apropiación
del mundo desde la nada, desde la desposesión sentida en el lenguaje, la
llegada a la interpretación propia en los sitios antiguos no se repitió ni se
repetirá en estos nuevos desiertos. De esta nada no saldrá una nueva totali-
dad, puesto que es una nada resultante de la pérdida de la totalidad que es su
pasado. Para Murena, este estado de cosas es radicalmente nuevo en la his-
toria del espíritu. El espíritu hegeliano ha sido reducido a la letra minúscu-
la. América anticipa hasta qué aniquilaciones puede llegar el sentido total
europeo. Y esta desposesión pasiva, triste en el sentido de Spinoza (la tris-
teza es ser afectado por una pasión, la alegría es ser la causa de una acción),
es el inicio de un abandono, de un desinterés por los objetos como partes
del todo, de un dejar que aparezca lo disperso. Sólo en potencia puede
augurarse esa futura actividad de despojamiento. Por ahora, el *pathos* se
manifiesta de muchas maneras y oculta siempre la misma pérdida sufrida.

Murena enumera cuatro de esas maneras, a modo de impresiones pseudo-
sociológicas, además de la cultura (en el sentido restringido de la produc-
ción de bienes estéticos, filosóficos, etc.) que es en cierto modo la matriz de
su diagnóstico, y son: la relación con el dinero, el auge de la medicina y su
ocultamiento de la muerte, la soberbia, la paradoja entre libertad y amor.
Cada uno de estos fenómenos locales (aquí se ve hasta qué punto Murena
dice muchas veces América por Argentina) sería una ilusión, una pantalla
para esconder el fundamento nulo, la nulidad fundamental de las prácticas
aludidas. La moneda, el cuerpo, el apego a uno mismo y la regulación de
las relaciones con el otro, todos descansan sobre el vacío. El dinero se acu-
mula, se ansía, pero nunca se posee, desaparece sin dejar obra, siempre
destinado al lujo o al despilfarro póstumo, mero *Ersatz* de aquello que no se
podrá poseer, el prestigio simbólico europeo. El cuerpo se atiende, los mé-
dicos se multiplican y su eficacia es grande, pero esa vocación de salud es

en el fondo un deseo de muerte, de abandonar la tierra devastada. El orgullo de sí es mero miedo, siempre desmentido, miedo a la castración, a la desposesión originaria que se manifiesta en la monumentalización del nombre propio, en su elevación al rango de falo con el menor pretexto. Y por último, las relaciones con el otro, amparadas en la ley o recostadas contra la ley, reguladas de modo tal que nunca se defiende lo suficiente la libertad de uno y nunca se entrega lo bastante al otro.

Sobre el orden cultural, las observaciones de Murena parten de un dato obvio: los permanentes préstamos tomados de Europa, que implican una denegación de la desposesión cultural efectiva. Denegación que se vuelve modo de lectura, repetida en las distintas generaciones, aunque tan idénticas que no necesitan leerse entre sí para seguir leyendo la actualidad, el presente en la lejanía, en lo perdido. “Leyendo y leyendo, acumulando conocimientos tal cual habíamos acumulado dinero. Pero el caso es que los *conocimientos* no son *cultura*”²¹. La cultura para Murena es un pensar sobre las cosas, adueñarse de ellas mediante el propio pensamiento, una subjetivación del objeto y una objetivación de lo subjetivo en el pensamiento que se generaliza. La cultura implica una dialéctica, mientras que los conocimientos, meras disposiciones de aplicación técnica, no requieren respuesta. El problema es que sólo puede importarse conocimiento. “No debemos sorprendernos entonces de haber contraído el ansia de los ilegítimos, el frenesí de la lectura, la angustia de la erudición. Los falsos linajes se alimentan de confirmaciones. Es una fiebre irrefrenable. El que no piensa por sí en las cosas vive de lo que ‘se dice acerca de’ las cosas. Y como a cada momento ‘se dice’ algo diferente, es menester estar siempre al tanto de lo que “se dice” de nuevo, se es esclavo de la inquietud por saber ‘lo último que se ha dicho’”²². Angustia de la erudición, de que lo verdaderamente dicho sea siempre más de lo que precariamente se ha llegado a saber, que se vuelve el emblema de toda impotencia. ¿Cómo escribir sobre un objeto cultural cuando lo dicho sobre él se extiende como un fantasma infinito reflejado en los espejos enfrentados del archivo inmemorial, desde la primera *arjé* griega de Occidente, y del futuro que en su fuga ofrece la postergación de la escritura para cuando se sepa lo suficiente, para cuando se lea lo que acaso ya mismo se debiera haber escrito? La curiosidad, propia del margen, por todas las literaturas de la que hablara Borges, quien habría podido transformarla en una soberana libertad de elección, es en el fracasado, en el *raté*, como se decía entre los escritores de comienzos de siglo²³, una fiebre, ansia o frenesí que oscila entre el entusiasmo desbordante, pun-

to extremo de la actividad intelectual, cuando se llega a una lectura, se devora su novedad, y luego la angustia, la retracción que sigue a esa satisfacción pasiva de leer y ponerse en el lugar imaginario de quien ha escrito. El ciclo se cumple sin dejar huellas. De la angustia no se obtiene un acto que la suprima, no es más que el descanso de la excitación. La angustia desembocará nuevamente en el ansia, el efecto volverá a su causa. Ninguna escritura vendrá a cortar ese círculo de puro discurso mental. Se esperará la salvación no de un punto fijo, de un acontecimiento que escanda y divida el flujo del tiempo, sino del mero retorno automático de la actividad que no actúa, del ansia que todo objeto puede incitar porque ninguno la colma. Se esperará la salvación por el fetiche, en vez de la disolución del tiempo que hace de uno mismo, por la unicidad del acto, por la asunción del nombre y del lugar propios, por lo escrito, un ápice de lo irrepetible, una superación del lenguaje, siempre igual a sí mismo, siempre anterior al sujeto, a través de la marca forjada con él y en él.

Para Murena, Martínez Estrada describe el colapso del eclecticismo, de esa acumulación fragmentaria de conocimientos con los que difícilmente se sabe qué hacer. Martínez Estrada se enfrentó con la nada de ese supuesto saber para de esa negación consumir el acto de pensar, relación con el lenguaje y con el mundo que no se agota en el objeto cultural. La lección de Martínez Estrada sería pensar a partir del ansia, entenderla como desposesión pura y despojarla asimismo de los fetiches que rítmicamente la alimentan, usar el ansia como una actividad de interpretación que en un segundo momento se vuelve sobre sí misma y extrae de ello al menos su diagnóstico. Murena escribe: "Tomar esa aguzada facultad interpretativa, teórica, que nos caracteriza, que delata nuestro ansioso estado de despojados, y torcerla, doblarla, volcarla sobre sí misma"²⁴. Esto implica una conciencia de sí surgida desde la existencia inmediata, en sentido hegeliano. Hegelianismo que Murena esgrime sin acudir a la cita, al enunciar en América "por primera vez la conciencia, después de una desgarrada existencia en bruto, puramente animal"²⁵. Conciencia que es resultado del trabajo, la escritura, la obra arrebatada a la nada. En la interpretación de Kojève: "No es sino después de haber producido un objeto artificial que el hombre es él mismo real y objetivamente más y otra cosa que un ser natural; y es sólo en ese producto real y objetivo que él toma verdaderamente conciencia de su realidad humana subjetiva"²⁶. Así el americano, enfrentado a la evidencia de su aniquilación individual, despojado de la historia, es al europeo lo que el esclavo es al amo, y puesto que este último depende del reconocimiento del

esclavo para su propia afirmación, la potencial superación del estado de cosas radica en el esclavo. “El Mundo dado donde vive pertenece al Amo (humano o divino), y en ese Mundo es necesariamente Esclavo”²⁷. Sólo la negación, la no aceptación del mundo dado en su conjunto pueden transformarlo. Sólo la postulación de América como negación de Europa, y no como su epígono o su degeneración, puede convertir el despojo, la pérdida en pensamiento afirmativo, la lectura nostálgica en escritura. Pero la negación no implica soslayar al Amo. La ignorancia del Amo es su perpetuación. El despojado debe saber lo que ha perdido para negar el mundo que lo destinó a la pérdida y superarlo a través de la conciencia de la pérdida que será un nuevo estado del espíritu, un más allá de la objetivación de la naturaleza como matriz histórica. “El hombre no puede, en consecuencia, liberarse del Mundo dado que no lo satisface sino a condición de que ese Mundo, en su totalidad, pertenezca en efecto a un Amo (real o ‘sublimado’) (...). El Amo no puede nunca desprenderse del Mundo donde vive, y si ese Mundo perece, sucumbe con él. Sólo el Esclavo es capaz de trascender el Mundo dado (sometido al Amo) y no perecer”²⁸. Lo que puede leerse desde Murena así: sólo el despojado, el excluido de la historia (cultural, política, religiosa) puede sobrevivir a la destrucción de su sentido. América preanuncia la historia sin sujeto, sin finalidad, sin linealidad, por la conciencia de su prescindencia, puesto que existe y sólo puede afirmarse en esa prescindencia, en ese trabajo forzado con el pensamiento y con la falta de herencia cultural. “Sólo el Esclavo puede transformar el Mundo que lo forma y lo fija en la servidumbre, y crear un Mundo formado por él en el que será libre. Y el Esclavo sólo llega a ello por el trabajo forzado y la angustia soportada en servicio del Amo”²⁹. Aún en el estado de la espera, del trabajo forzado y de la angustia, aún en el abismo del fracaso para ser otra cosa que siervo de lo que lee, el pensador del despojamiento, cuyo profeta es Martínez Estrada, se convertirá en la autoconciencia nueva, más libre que la sometida a la historia, puesto que su afirmación es absoluta, participa de la historia porque la niega y la traspone, nada de lo dicho le será extraño (lectura invertida) porque nada de lo dicho ha sido todavía dicho, nada de lo escrito es parte de la historia porque esa historia (negada) es lo escribible, lo que la abolición de su sentido hará surgir con un acto.

Sin embargo, la voz de Martínez Estrada mostraría para Murena la anticipación de un estado no alcanzado, no es todavía el cumplimiento de la conciencia autoafirmada, sino apenas “la voz de la conciencia resonando en medio de la noche de nuestra culpa para señalarnos la desposesión”³⁰. El

incumplimiento de esa conciencia en el presente, su condición de voz solitaria, se debe a la falta de auditorio. Le falta un reconocimiento del otro que la transforme en nuevo sentido, nuevo amo que sólo entonces podrá ser superado y sostenido dentro de la supresión. La voz profética exige una respuesta no profética. “Digo profética en el sentido de *anunciar con anatemas el advenimiento de un orden superior*”³¹. La anunciación negativa debe dar lugar a la superación de la negación y lo negado en una nueva afirmación, lo que Murena llama “la aparición de la conciencia”.

Los anunciadores, además de Martínez Estrada, son para Murena los escritores que realizaron, cumplieron la promesa cultural de los años 20: Borges, Mallea, Marechal. “Será cosa de manual que estos hombres son los que han tenido la valentía de desplazar nuestra actividad intelectual hacia bases inquietantes y exigentes pero por primera vez fértiles y verdaderas. Es por ello que se han convertido en nuestros padres. Nuestros primeros padres. Porque ¿quién de entre los que han llegado después puede adelantarse con la conciencia tranquila y negar serles deudor, no en poco sino en mucho, negar esa paternidad, refutar esa influencia?”³². Cabe señalar que con posterioridad a Murena los cuatro padres se disolverían en uno: Borges; lo que no hace más que reforzar sus postulados. Negar a una generación de padres era algo casi hecho, siendo cada uno la negación del otro; negar al padre, al único, es la angustia cuyo devenir será el recorrido de la conciencia propia. Aun volviendo a Martínez Estrada o a Marechal, el presente de nuestra lectura sólo puede tomarlos como negaciones posibles de Borges, el padre, el texto universal en lo nacional, el monumento del sentido en el sinsentido, la escritura que irónicamente se ofrece como equivalente de la lectura y que nos roba la lectura que también será paterna, trazada por la mano que instauro los cánones de la biblioteca. Con un amo escéptico, que se niega a sí mismo sólo para afirmar el vacío del nombre, la perpetuidad del escrito prismáticamente fragmentado, el trabajo forzado del pensamiento pareciera condenado al eterno servicio, a leer para siempre y ya nunca escribir sino escolios al texto supremo.

Volviendo a Murena, los profetas se caracterizan por un rasgo en común, dentro de sus plenas diferencias, “es su *exterioridad*, su *ajenidad*, si se perdona el neologismo, respecto al nudo de esa realidad (de esta realidad) cuyo nacimiento venían justamente a anunciar”³³. Sus potencias radican en la fuerza de sus negaciones del mundo dado, de lo inmediato. La voz profética toma una forma cuya radical autonomía sólo es posible porque resiste toda asimilación con lo real, se niega a representarlo sino es dentro del anatema.

“Es que el profeta, para poder anunciar un nuevo espíritu, debe tornarse un poco extraño, un poco ajeno a su gente y a su tierra. El profeta marcha apoyándose en el cielo, anda con los ojos llenos de la nueva, y por eso anda con inseguridad sobre su misma tierra y por eso no entiende del todo a los que siempre lo han rodeado. El don de la profecía es para su humanidad una gracia, pero asimismo una condena”³⁴. Los profetas indican un corte, un momento del que no hay retorno, cuando la tradición se abisma y se vuelve tan distante como intransmisible. Aunque prometen ya otra cosa, al menos se vislumbra en su negación de lo que hay, los profetas son vistos como el síntoma de esa ruptura, como los celebrantes de la pérdida. Los que no oyen su clamor ignoran que mucho antes todo estaba perdido, que los vestigios, la repetición o el suplemento y el injerto no eran una transmisión. Las profetas no son el síntoma del despojo absoluto, sino el fármaco que antes de la cura agrava la enfermedad, la lleva a su límite. Así “como enfermo que acaba de descubrir su enfermedad Martínez Estrada está aún demasiado ligado a la idea de salud, no puede desprenderse de ella”³⁵. Pero esta idea de salvación que niega al cuerpo enfermo es todavía una afirmación del mal que lo afecta, de la enfermedad, pues lleva a desear la muerte del cuerpo para acabar con sus lacras. “Esa idea de salud es lo que queda del miedo a la enfermedad”³⁶. Su pureza, su carácter absoluto debe retraerse para que el cuerpo pueda ser afirmado, incluso enfermo, y redimido de su falta inconsciente. Ese será el momento que los profetas sólo anuncian, el momento mesiánico. Y Murena no elude las parábolas religiosas para sugerir ese nacimiento de una conciencia plena, de una cultura menos desertificada, o al menos de un desierto cargado de promesas, de pruebas individuales. Superando la fuga o la mera destrucción de lo dado, negaciones puras, la aceptación de la enfermedad implica ya una afirmación. “Tenemos que vivir, tenemos que sobrepasar la enfermedad. Por eso nos hemos separado y nos separamos de Martínez Estrada”³⁷. La separación con respecto al profeta abre el espacio en el que podrá darse un tiempo mesiánico, su voz ya en la distancia permite oír el sordo e inimaginable susurro de lo otro. El profeta debe ser escuchado sólo para esperar algo más allá de su voz, una plenitud más allá del distanciamiento individual que anatematizó el estado de cosas y que hiciera posible su posterior ascensión por la conciencia. “Aunque su último paso, su última lección, haya de quedar siempre en lo alto para guiarnos hacia una *universalidad que debe ser nuestra meta final*”³⁸. La universalidad se plantea como *telos*, aun cuando para vislumbrar su posibilidad de concreción real haya que recoger todos los rasgos de

lo particular, todas las potencias y las pasividades del cuerpo imaginario; un paso más allá del profeta que niega lo particular, su inercia y su condena a ser menos de lo que podría haber sido. Para Murena, ese faro de universalidad mostrado por Martínez Estrada estaría representado por el libro sobre Guillermo Enrique Hudson. Sólo que su lejanía muestra también que la vía hacia lo universal no sigue una línea recta. Ese libro es el ascenso del profeta, lo universal inalcanzable porque en lugar de asumir lo superado tras la negación simplemente se desprende de lo negado, olvida el anatema y pasa a un espacio utópico privado, una universalidad de la naturaleza percibida individualmente, “zona celestial, neutra”, escribe Murena, donde la meditación melancólica del profeta encuentra refugio, reposo para sus imprecaciones. “El diagnóstico veraz de esta tierra” queda como un resto, una huella en el desierto, una palabra aislada que habrá que recoger y disponer en otro espacio para que en vez de ese desprendimiento del mundo negado y esa retracción en lo natural se produzca una superación del mundo que permita alcanzar la naturalidad de lo universal sin el olvido de lo particular, de lo local, que ha sido subsumido en su conciencia. Si *Radiografía de la pampa, La cabeza de Goliat, Muerte y transfiguración de Martín Fierro* eran el anatema, el diagnóstico, el dardo que despierta a una conciencia de su inercia y la incita al trabajo de negarse como pasividad, de pensar su naturaleza y el perpetuo hueco de su cultura fragmentaria, entonces *El mundo maravilloso de G. E. Hudson* será la promesa de una disolución ya operada de esa pasividad y de ese mundo mudo, cuando la naturaleza y la historia propias de nuevo hablen con sentido, es decir, universalmente.

El velado hegelianismo de Murena se ve claramente en su idea de superación constante, y sobre todo en la meta final de ese movimiento dialéctico: la universalidad o, más hegelianamente, el espíritu en su forma más pura, translingüística. Pero ese idealismo no le impide acentuar el momento previo y necesario, el momento que pertenece al presente (y que en cierto modo siempre será el presente, si pensamos que la plena luz del espíritu absoluto, de la idealidad pura, siempre estará un poco más adelante, eterna diferición y permanente indicio de la diferencia actual con relación a su inminencia ulterior). Por eso Murena se separa de Martínez Estrada, como un discípulo demasiado consciente de su condición de tal, para detenerse antes del desprendimiento de lo particular, para seguir trabajando sobre eso que está, sobre esa muda inmediatez, y poder superarlo sin apartarlo, antes bien redimiéndolo de su condena al mutismo (porque no es un silencio significativo,

previo al habla, un surgimiento de la palabra humana desde la animalidad, ni tampoco de la palabra nacional desde las particularidades azarosas; se trata de mutismo porque viene después del habla más plena, resulta de haber perdido esa totalidad).

Murena concluye que “esa universalidad no es más que humanidad plena, reconocimiento de nuestra desposesión, o sea triunfo verdadero sobre la enfermedad, vía única”³⁹, ¿hacia dónde, si no al retorno de ese triunfo en los sujetos particulares que podrán actuar guiados por las obras que los preceden y que son la prueba de la posible superación de esa falla en el sentido de un país aluvional, que son el indicio de que el azar puede adquirir un sentido legible en ellas, que son la condición de posibilidad de lo que vendrá, pues hacen posible aunque más no fuera negarlas? La vía única que parte del reconocimiento de la desposesión, tarea presente para cada ser singular en su radical novedad frente al mundo, vuelve inevitable la invención de otro bien, que sea apropiable como una experiencia, es decir, un tiempo y un lugar; lo que no se logra con la descripción de lo dado (¿qué más perdido que el “realismo” o más ingenuamente heredado que la mimesis, que es pensamiento ya cristalizado?), sino con su paso por el pensamiento, es decir, escribiendo todo de nuevo.

Notas

¹ Murena, H. A., *El pecado original de América*, Sur, Bs. As., 1954, p. 11.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*, p. 11-12.

⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁵ *Ibid.*, p. 107.

⁶ Borges, Jorge Luis, “El escritor argentino y la tradición”, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1979, pp. 272.

⁷ *Ibid.*, 273.

⁸ Murena, H. A., *El pecado original...*, *op. cit.*, p. 111.

⁹ *Ibid.*, p. 202.

¹⁰ Piénsese en la célebre y abstrusa frase de Ortega y Gasset: “¡Argentinos, a las cosas!”, que es aquí negada por el trascendentalismo de Murena, más cerca de Emerson que de los obvios filosofemas de Ortega.

¹¹ Murena, H. A., *El pecado original...*, *op. cit.*, p. 111.

¹²*Ibid.*

¹³*Ibid.*, p. 112.

¹⁴*Ibid.*, p. 112.

¹⁵*Ibid.*

¹⁶*Ibid.*, p. 113.

¹⁷*Ibid.*, p. 114.

¹⁸*Ibid.*, p. 115.

¹⁹*Ibid.* (subrayado del autor).

²⁰*Ibid.*, p. 116 (subrayado del autor).

²¹*Ibid.*, p. 121.

²²*Ibid.*, p. 121-122.

²³Borges habría dicho, en su infinita y casi mítica oralidad: “Cuando yo era joven se hablaba mucho de ‘ratés’. No se usaba la palabra ‘fracasados’ sino la francesa ‘ratés’. Yo me había propuesto alcanzar esa categoría, y siempre me preguntaba con inquietud si algún día sería yo un raté. Una vez, mi primo Álvaro Melián Lafinur me advirtió: ‘No te juntes con Ricardo Güiraldes, che, ese individuo es un raté’. Yo tenía un gran respeto por Güiraldes y me pareció un disparate ese calificativo. (...) Pero ser un raté me parecía algo digno. Ahora me doy cuenta que fracasé como raté. Es muy triste, ¿no?”. En Alifano, Roberto, *El humor de Borges*, Edic. de la Urraca, Buenos Aires, 1996, p. 46.

²⁴Murena, H. A., *El pecado original...*, *op. cit.*, p. 123.

²⁵*Ibid.*

²⁶Kojève, Alexandre, *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*, La Pléyade, Buenos Aires, 1971,

p. 34.

²⁷*Ibid.*, p. 37.

²⁸*Ibid.*, p. 38.

²⁹*Ibid.*

³⁰Murena, H. A., *El pecado original...*, *op. cit.*, p. 125.

³¹*Ibid.* (subrayado del autor).

³²*Ibid.*, p. 126.

³³*Ibid.*, p. 127 (subrayado del autor).

³⁴*Ibid.*

³⁵*Ibid.*, p. 127-128.

³⁶*Ibid.*, p. 128.

³⁷*Ibid.*, p. 128-129.

³⁸*Ibid.*, p. 129 (subrayado nuestro).

³⁹*Ibid.*